Letra viva

Por Manuel SANCHIS

EN EL XX ANIVERSARIO DE LOS PREMIOS DE LA CRITICA (EN SITUES)

PUEBLO LITERARIO

LETRAS ■ ARTES ■ BIBLIOGRAFIA GENERAL

LUIS FELIPE VIVANCO Y JOSE MANUEL CABALLERO BONALD

CON LOS POETAS

Por Leopoldo DE LUIS

ALEIXANDRE Y SUS "DIALOGOS"

BUEN poeta y gran poeta no son una escala de valores, sino términos diferentes, creaciones distintas en el complejo mundo de la expresión poética. El buen poeta puede alcanzar poemas excelentes; nada se opone a que logre algunos de calidad pareja, incluso superior, a otro, aislado, del gran poeta. Pero el gran poeta es sólo aquel cuya obra implica una concepción total del mundo y de la vida; el gran poeta es siempre cósmico y existencial; en la obra del gran poeta percibimos que gira el universo y sentimos nuestro propio pequeño latir. Interpreta al mundo y nos interpreta a nosotros.

A esa clase singular pertenece Vicente Aleixandre, poeta de una obra abarcadora y total, que no rehace una y otra vez sus propios poemas, sino que renovadamente multiplica su visión como cambiando el ángulo desde el que mira.

No puedo extenderme ahora en un comentario sobre obra tan rica y, a la vez, tan coherente (por otra parte, ya muy bien estudiada), como la que va desde Pasión de la tierra *(1928) a* Diálogos del conocimiento *(1974, pasando por hitos como* La destrucción o el amor *(1932),* Sombra del paraíso *(1944),* Historia del corazón *(1954) o* En un vasto dominio *(1962). Hoy quiero resaltar que* Diálogos del conocimiento *es un libro escrito a los setenta y seis años del poeta, con capacidad de creación que asombra, y que ha constituido, sin duda, la publicación poética más importante del último año.*

Aleixandre adopta aquí otra forma de mirar la vida y aun la poesía, diferente y, a la vez, complementaria de sus libros anteriores. Eliminado, en apariencia, el yo del poeta, dos personajes van en cada poema entablando un diálogo para expresar actitudes no antagónicas, sino, si bien se mira, solidarias en la com-

(Pasa a la pág. siguiente.)

¿PARA QUE SIRVEN LOS PREMIOS DE LA CRITICA?

ALEIXANDRE Y SUS "DIALOGOS"

(Viene de la pág. anterior.)

prensión última de la existencia. Los diálogos son, en realidad, imposibles: cada cual vive su propia vida y llega solo a su muerte. Con una técnica que llamaríamos —empleando el término de Brecht— de distanciamiento, el poeta, que no es quien habla, que parece dejar atrás su subjetividad, asume de alguna manera ambas actitudes: no es ninguno de sus personajes y es, en realidad, todos.

Estos diálogos *bordean un abismo: el de la conciencia humana del existir y de su inevitable sombra. Son diálogos de conocimiento cuanto de consumación, prolongando en cierta forma el libro precedente* (Poemas de la consumación, *(1968 *). Es un libro lúcido e implacable, sin concesión alguna a la melancolía elegíaca como temáticamente hubiera sido fácil y hasta convencional. Pero Aleixandre es todo lo contrario de un poeta convencional, y en sus libros es raro encontrar lamentaciones consabidas. Sus* diálogos *reflejan distintas formas en que el ser humano se cumple hacia su consunción, y algunas de ellas se generan en la injusticia, en la guerra o en el sufrimiento impuesto. Paralelamente, un lenguaje riguroso y tenso ciñe la expresión, con sobriedad que se diría, conociendo el complicado ámbito metafórico de otras obras suyas, lograda con renunciaciones.*

Conocer es saber, mas ese conocimiento pleno entraña morir. «Quien sabe, toca», dice el poeta, pero el verso, merced al encabalgamiento, tras la cesura que nos deja suspensa la comprensión sensualista que la frase aventura, concluye que «quien sabe, toca / su fin». Es, pues, su fin —la muerte— lo que toca el que sabe, drama que nos abre con el conocimiento, *la* consumación.

Estamos hablando de una poesía de sabiduría profunda, que a veces adquiere voz de sentencia, siempre concisa: ni una palabra que no esté cargada de significación. La eficacia poética de esta obra reside, acaso, en que es en el lector mismo donde los diálogos se entablan. La alternativa dialéctica no se resuelve en el poema, sino que su planteamiento va a instalarse, inquietantemente, en quien lee.

A lo largo de los poemas que integran el volumen, Aleixandre se mantiene dentro de una versificación más bien tradicional. El versículo de irregularidad silábica de cuya creación dan fe otros libros suyos, apenas se emplea. Con alguna excepción, prevalecen el verso alejandrino seguido por el endecasílabo, en los que se intercala el verso de siete sílabas.

Aleixandre construye, como ha hecho en cada entrega suya, un mundo propio en el que se mueve a lo largo de todo el libro. Ese mundo es una mezcla de realidades vividas y de abstracciones, en la pugna por el conocimiento. Y ésta es otra inquietud que promueve: ¿cómo alcanzar el conocimiento, por el mundo de las ideas o por el de las realidades tangibles? Hay en el libro, a fin de cuentas, una exaltación humanista. Si cuando, en un poema de destrucción, de visión del mundo aniquilado por una última hipotética —y nada imposible— guerra, un verso exclama «el alba ha muerto», porque el hombre ha sido eliminado, habremos de pensar que es el hombre quien da sentido al mundo. Por eso el poema «Después de la guerra» es la pieza que me parece más trascendental de este libro que lo es plenamente y en su conjunto.

Ningún escritor español ha estado nunca —según mis noticias— tan cerca del premio Nobel como Aleixandre en 1974, salvo, claro es, los que lo obtuvieron hace ya muchos años (Echegaray, 1904; Benavente, 1922, y J. R. Jiménez, 1956). La Academia de Estocolmo designó, en la última alternativa, a dos escritores suecos. Traducida por el académico y poeta sueco Artur Lundkvist, circula en los países escandinavos una amplia antología de la obra de nuestro gran poeta.

(*) Plaza y Janés.

Leopoldo DE LUIS